L U C I M B E R

De

Leandro Wolfman

Para Sandra

y a todos lo que creen

en los sueños y fantasías.

CAPITULO 1

Era la mañana de un sábado, cuando Cristian, un muchacho de alrededor de treinta años, se estaba vistiendo para una cita con una bella joven que la había conocido hace una semana atrás. Dos días antes, Cristian estaba preocupado porque no sabía cómo iba a vestir para una importante cita. Entonces había visitado a un viejo amigo que era sastre, y era muy conocido por todo el mundo, sabiendo que sus trajes eran de excelente diseño. Cristian le pidió a su amigo si tenía algún traje perfecto a su medida. Y justamente su amigo el sastre guardaba uno, justo a medida para Cristian. Su color era negro, junto con una corbata roja.

Cristian quería pagarle a su amigo por el traje, pero por la buena amistad que llevaba desde hace muchos años, se lo había regalado.

Más tarde, Cristian tomó la decisión de regalarle algo. Entonces compró un obsequio que en realidad aún no se sabe que es, pero es una caja envuelta con papel de regalo de color rojo y atado con una cinta de color verde.

En aquella mañana del sábado, cuando Cristian terminó de vestirse, tomó el regalo y las llaves de su auto y se salió de su casa. Luego fue a su garaje, en donde allí se encontraba un extravagante vehículo de color negro de marca desconocida que se lo había regalado su tío hace mucho tiempo. Muy pocas veces

lo condujo, porque como ese auto era bastante lujoso y extravagante, tomó la decisión de no sacarlo mucho de su garaje porque llamaba demasiado la atención. Y temía de que alguien con malas intenciones le hiciera algún daño, o de que tal vez intentaran robárselo. Entonces por esa vez decidió sacarlo y conducirlo para aquella importante cita, y de paso tuvo la idea de querer impresionar a la bella dama.

Casi una hora más tarde, a mitad de camino, Cristian estaba conduciendo por ruta. En un momento él detiene su auto por un costado de la ruta. Y sacó un papelito que se encontraba en el bolsillo de su saco para saber bien la dirección de la casa de la bella dama.

CAPITULO 2

Un miércoles a la tarde, Cristian estaba bebiendo café en un bar que estaba cerca de su casa. Como siempre, él asistía a ese bar después que salía de su trabajo como administrador en una fábrica textil. Un empleo en el cual estaba incomodo y no veía la hora de salir de ahí, y vivir de lo que amaba tanto, que era la literatura. Y siempre llevaba una pequeña libreta para escribir ideas o algo que lo inspirara para lograr escribir alguna novela. Pero lamentablemente no logró escribir nada porque no había nada que lo inspirara. Por esa razón, él iba al bar a beber café y quedarse un buen rato largo, esperando que alguien o alguna situación inesperada logren darle la inspiración perfecta. Pero la frustración estaba presente en él en esos momentos.

Ya eran casi las 6:30 de la tarde, y Cristian estaba aún sentado en una mesa, observando las personas que estaban adentro del bar, incluyendo la entrada, esperando que esa inspiración entrara por esas puertas. Hasta que una dama de cabello rubio extremadamente bella, entraba por esas puertas. Llevaba puesto un traje negro de ejecutiva. Su cabello rubio era muy claro, brilloso y ondulado. Su piel era blanca, con sus labios pintados de rojo. Sus ojos eran de colores celestes y claros, con mirada demasiada penetrante capaz de poder enamorar a cualquier ser vivo de este mundo y del otro y del más allá del universo. Andaba con una cartera colgando de su hombro. Y sentía el rico aroma de su perfume casi por todo el lugar.

Cristian quedó paralizado al verla a ella. El perfume que él sentía, lo dejó hechizado. Su corazón latía y latía a causa de su enamoramiento que comenzaba aquel momento. Ansiedad y mariposas en el estomago era lo que él sentía. Aquella frustración que sentía había desparecido.

La bella rubia se sentó en una mesa que estaba al frente de él. La dama se quitó su abrigo, y lo colocó en el respaldo de su silla. El camarero llegó a su mesa y le tomó su orden. Mientras tanto, Cristian la observaba disimuladamente.

El camarero llegó con la orden que había pedido ella, que era una copa de Martini.

Cristian continuaba observándola disimuladamente, mientras ella bebía su Martini. Hasta por un segundo, ella lo miró a él. Entonces la timidez de Cristian actuó rápidamente en ese momento, y bajo su mirada hacia su libreta que tenía en su mano, que la verdad tenía las hojas en blanco porque no ha podido escribir algo. Pero al mismo tiempo, él la miraba a ella de reojo, aunque realmente ella ya se había dado cuenta de que él la observaba. Y en ese instante, ella le sonrío. Cristian dejó de ocultar la disimulada mirada hacia abajo, mientras que su timidez lo abandonó en ese momento. Entonces Cristian quiso levantarse de su mesa y acercarse hacia donde esta ella, para intentar aunque sea socializarse con ella. Pero de repente, se presentó un señor de alrededor de unos cincuenta y tantos años, vestido con traje y corbata, que se acercaba a la mesa donde estaba la bella rubia. Supuestamente, ella tenía una cita con este hombre.

Así que Cristian se detuvo en el camino y dio la vuelta, marchándose hacia la salida del bar, mientras la frustración regresaba en él.

CAPITULO 3

Cristian llegaba con su auto a una estación de servicio que se encontraba por la carretera que él conducía. Aquella estación de servicio era solitaria y algo abandonada, aunque había alguien allí sentado solo en su reposera. Era un anciano que aparentemente era el dueño de la estación de servicio. Cristian estacionaba su extravagante vehículo para cargar gasolina. El anciano se sorprendió al ver el auto. Cristian bajo de su auto y le pide al anciano si puede cargar gasolina. El anciano agarró su bastón y se levantó de su reposera, y caminó lentamente hacia el auto.

Luego el anciano puso a llenar el tanque mientras observaba el coche.

-Precioso- comentó el anciano.

-Muchas gracias- dijo Cristian.

-Jamás en mi vida he visto un auto como este.

-La verdad coincido mucho con usted- comentaba Cristian-. Las mismas palabras que usted acabó de decir, las había dicho yo cuando lo he visto por primera vez. Este auto me lo regaló mi tío.

Después de haber cargado gasolina, Cristian continuaba su camino por la ruta. Mientras conducía, continuaba recordando de cómo había conocido a la bella rubia

Después que Cristian salió del bar, estaba caminando para su casa. Y durante la caminata, se culpaba diciéndose “que tonto fui”. Y pensaba que esa mujer no era para él, porque tal vez no le interesaba a un hombre como él.

En la medianoche, Cristian ya estaba acostado en su cama. Pero lamentablemente no logró pegar un ojo, sabiendo que él es de dormirse temprano porque se despertaba a la 5:45 a.m. para ir a su trabajo. Pero la razón por la que no podía dormirse era a causa de la bella rubia que la tenía grabada en su mente. Empezó a darse cuenta que se había enamorado a primera vista.

Al día siguiente, después de haber salido de su trabajo, Cristian volvió al bar. Tomó una mesa y se sentó a esperar al camarero. En ningún momento pensó que la bella rubia estaba en el bar. Solo fue de costumbre.

Un muchacho atractivo estaba cerca de la puerta del bar. Aparentemente estaba esperando a alguien. Pero de pronto apareció la bella rubia, que supuestamente había salido del baño de damas. Cristian se sorprendió al verla. Las mariposas en su estomago volvieron, mientras su corazón latía al verla pasar al frente suyo. Pero nuevamente volvió a desilusionarse cuando vio a ella tomando del brazo de aquel muchacho atractivo que estaba parado cerca de la puerta, y salieron del bar, tomados del brazo como una pareja muy enamorada. Así que Cristian se había resignado, y en su mente decía que esa mujer definitivamente no era para él. Y pensó que lo mejor es seguir adelante, olvidarla y continuar con su vida.

El camarero se acercó a la mesa de Cristian para tomar su orden. Cristian decidió beber un Martini, tal cual lo que bebió la bella rubia. Luego sacó un cigarro de su cigarrera que tenía en su

mano, y lo encendió para fumar, mientras se relajaba. Algunos minutos después, llegó el camarero con la copa de Martini, y delicadamente lo dejó en su mesa. Cristian veía el brillo de la copa de coctel, y el brillo que tenía la bebida blanca. El nunca había probado ese coctel. Solo se le había ocurrido probarlo, nada más porque era lo que había bebido la mujer que le rompió su corazón a primera vista.

Más tarde, durante en la noche, Cristian iba camino a su casa. Él caminaba tranquilamente, sin pensar en nada, aunque muy a penas pensaba un poco en ella. Pero lo inesperado se presento en su camino a casa. En la parada de taxis se estaba la bella rubia. Estaba histérica porque ella intentaba parar algún taxi que se encontrara libre, pero ninguno se detenía. Esa zona era bastante peligrosa para una chica tan hermosa como ella que estaba sola esperando un taxi.

Cristian se había quedado a unos pasos de la parada de taxis. No sabía si debía ocultarse o fingir que casualmente también estaba por esperar un taxi. Entonces caminó unos pasos más adelante, y se había puesto casi atrás de ella, fingiendo mirar para otro lado.

Ese era el único momento, su única y última oportunidad para lograr tener algún contacto con ella. Pero el sentía mucha timidez para acercarse a hablar. Sintió miedo de que si se acercaría hacia ella, y le digiera algo, ella lo rechazara. Pero él sentía que no podía hacer nada. Un taxi libre estaba llegando. Ella estaba haciendo seña para detenerlo. Cristian pensó que en ese momento debía actuar. Aunque su miedo aún continuaba ganándole. El taxi que casi llegaba a la parada, siguió de largo. La bella rubia estaba muy histérica y maldecía. Luego ella sacó su cigarrera de plata de su cartera, y sacó un cigarrillo rubio, igual como los que fuma Cristian. Luego sacó su encendedor de su cartera, e intento

encender su cigarrillo. Pero el encendedor no podía encender. Y en ese momento, Cristian obtuvo su gran oportunidad. Sabiendo que él fumaba, tenía su encendedor guardado en su bolsillo. Y sin dudarlo, se acercó hacia a ella, sacó su encendedor y le encendió el cigarrillo de ella.

-Muchas gracias-dijo ella.

-De nada-contesto Cristian.

-¿Quieres uno?-pregunto ella ofreciéndole un cigarrillo.

Y Cristian tomó el cigarrillo que le ofreció ella.

-¿Qué está sucediendo que no se detiene ningún taxi?-preguntó Cristian.

-La verdad que no lo sé-contestó ella con mucha histeria.

-Es todo muy raro-comentó Cristian.

-No sé como iré a casa.

-¿Vives lejos?-preguntó él-

-si-contesto ella.

-¿Y por dónde vives?

-Bastante lejos es por donde vivo-respondió ella.

-¿Qué tan lejos vives?

-Es que realmente es una pregunta qué cuya respuesta no la contestaría fácil.

-Está bien. Discúlpame. No tenía intenciones de ofenderte.

- No tenías que disculparte. Solo era broma.

-Ah, está bien-dijo Cristian riéndose.

-Me llamo Luisa-dijo ella dándole la mano a él.

-Cristian-dijo él dándole la mano a ella.

Y así comenzaron a conocerse.

Casi una hora después, ellos se habían quedado charlando en la parada de taxis. Entonces decidieron caminar y volver al bar. Pero cuando llegaron allí, estaba cerrado. Así que continuaron caminando mientras charlaban y se conocían. Luego habían encontrado un bar abierto, y entraron. Tomaron una mesa y continuaban con su charla.

Entre medio de la charla, ella le pregunta a él…

-¿Dónde vives?

-En realidad vivo cerca donde esperabas el taxi-contestó él.

-Y por curiosidad ¿A dónde pensabas ir con un taxi?

-Supuestamente a ningún lado.

-Me lo imaginaba-dijo ella riéndose.

-¿Por qué?

-Sabía que te habías parado allí, solo para intentar acercarte a mí, desde que te vi por primera vez. Y cuando me mirabas, sentí que yo te gusto.

-Bueno…no sé qué decirte. Ahora me siento como un tonto. Pero tienes razón.

-Tú me gustas también-dijo Luisa, tomando la mano de él.

-Pero tienes pareja-dijo Cristian.

-No tengo. Soy soltera.

-Pero yo te vi tomada del brazo de un muchacho apuesto.

-Era solo un amigo, en la cual rompí mi amistad con él hace unas horas.

-Cuanto lo siento.

-¿Tienes pareja?-pregunto Luisa.

-Por ahora no-contestó él.

Desde ahí comenzaba a trabarse una relación amorosa entre ellos dos.

Más tarde, ellos vuelven a la parada de taxis. Estaban tomados de las manos como ya fueran novios. Se miraban mutuamente, hasta que comenzaron a besarse. Luego, ella sacó su pequeña libreta junto con su bolígrafo de su cartera, y anotó la dirección de su casa. Y lo invitó a tomar el té a su casa. De pronto apareció un taxi, en el cual Luisa se subió y marchó a su casa.

Cristian se encontraba bastante feliz esa noche, que no pudo dormir.

CAPITULO 4.

Cristian continuaba conduciendo por la carretera. Y llegó a un punto del camino que finalizaba. Allí frenó su auto, y observaba las tres direcciones que podía tomar. Una era doblar a su izquierda y continuar por ese camino, o por la derecha. Aunque la verdad ninguno era la dirección correcta. Pero estaba la tercera dirección que estaba al frente donde paró su auto. Era como un camino angosto, y en la entrada había un cartel de madera con letras pintada de negro que decía:

“LUCIMBER

PROHIBIDO EL PASO”

En aquel camino era un campo sin árboles. Se podía ver desde lejos que era infinito, porque nada se veía. Cristian comenzaba a sentir dudas, porque no sabía si realmente era el camino correcto por donde debía seguir. Entonces, sacó el papelito con la dirección que le había dado luisa, en el cual le indicaba que debía cruzar por el camino donde la entrada decía LUCIMBER, y que desde ahí debía continuar hasta llegar a su casa. Entonces, Cristian puso en marcha su auto, y entró al angosto camino.

El camino era bastante recto, sin curvas, y sin terminación. En su alrededor había todo césped verde. El cielo se había vuelto completamente gris, con algunas nubes negras.

Cristian comenzó a sentir preocupación, porque desconocía bastante el lugar por donde conducía. Observó su reloj de su muñeca, y se fijó que le faltaba una hora para las 4: o o a.m. Entonces, aprovechando que no había nadie por ese camino, aceleró su auto, conduciendo a toda velocidad como si estuviera en una pista de carrera.

Pero algo de repente sucedió. Se había pinchado un neumático trasero del auto. Entonces detuvo su auto, salió de él, y vio que el neumático izquierdo del auto estaba pinchado. Luego fue a sacar un neumático nuevo del baúl de su auto y remplazarlo por el que se había pinchado. Pero cuando ya estaba terminando de ajustar el neumático, desde lejos, Cristian veía algo muy extraño. No alcanzaba ver bien, pero se notaba que era algo oscuro y monstruoso. Algo que él jamás en su vida ha visto algo así. Pero ya estaba terminando de ajustar el neumático. Y esa cosa, cada vez más, él la veía de cerca. Tenía el aspecto de una persona, pero alta, con piernas largas y finas. Era alto, pero se veía oscuro. Sus brazos eran largos con manos grandes y dedos largos con garras. Aunque su rostro no se notaba bien porque era como una sombra oscura. Desde su espalda salían lentamente un par de enormes alas de murciélagos. Al ver a esta monstruosa y desconocida criatura, Cristian comenzó a sentir miedo. Terminó de ajustar el neumático, y ligeramente guardo las herramientas en el baúl. Cuando estaba a punto de entrar al auto, vio que ya no estaba más ese monstruo con alas. Y rápidamente entró al auto.

Continuó normalmente conduciendo después de que cambió el neumático. Comenzó a sentir un poco de frío y sugestión. Pero

comenzó a tener una sugestión como nunca en su vida por causa de esa cosa que había visto.

De pronto un golpe tan fuerte se sintió en el techo de su auto. Cristian se dio un gran susto que casi desvía su auto del camino. Luego se sintió otro golpe fuerte en el techo, y desde la ventana salió una parte del ala de ese monstruo que lo vigiló a Cristian. Él no sabía si frenar su auto y salir corriendo, o seguir conduciendo. Aquel monstruo continuaba golpeando el techo, intentando con su puño atravesar el techo para capturar a Cristian. Cada vez más lo hacía más fuerte que estaba abollando completamente el techo de ese lujoso auto. Entonces la única opción que tuvo Cristian, fue conducir a toda velocidad, hasta que frenó de golpe para que el monstruo cayera del techo.

La criatura cayó inconsciente sin poder despertarse. Cristian dio marcha atrás con su auto, y luego a toda velocidad aceleró, logrando aplastar con las ruedas al monstruo. Y así siguió de largo. Conduciendo lo más rápido posible para llegar a la casa de Luisa.

CAPITULO 5

Pasaron casi algunos minutos después de lo que había sucedido. Cristian continuaba conduciendo a toda velocidad. El camino por donde iba seguía siendo el mismo. Parecía como si fuese infinito. Pero desde lejos, Cristian veía a una jovencita que caminaba por el costado del camino. Era una jovencita pelirroja de piel blanca, y llevaba un camisón blanco puesto.

Pero Cristian siguió de largo por que tenía mucha prisa. Aunque observaba en el espejo retrovisor a la chica que estaba caminando lentamente, y al parecer lloraba. Entonces pensó que algo malo le habrá sucedido. Y no supo si lo correcto era detener el auto y dar marcha atrás, o seguir de largo para no llegar tarde a su cita. Pero comenzó a sentir cierta pena por esa joven, que al final, frenó su auto y dio marcha atrás.

Cristian llegó a donde estaba la joven, y le abre la puerta.

-¿Te encuentras bien?-preguntó Cristian.

La muchacha no contestó su pregunta. Tenía su mirada triste y sus ojos llorosos.

-Entra. Déjame que te acerque algún lugar-dijo Cristian.

La muchacha no habló. Y entró al auto.

Luego, Cristian continúo conduciendo. La muchacha no hablaba ni una palabra. Mantenía su mirada hacia abajo. La tristeza que mostraba ella casi le llegaba al corazón de Cristian. Él no sabía que decirle. No sabía que preguntarle. Se mantuvieron silenciosos durante el viaje.

De pronto, la muchacha le pidió que detuviera el auto porque quería bajarse. Entonces, Cristian frenó su auto para que la muchacha bajara. Pero una reacción extraña, surgió en ella. Sus ojos se habían vueltos de color amarillo. Lentamente abría su boca, y sus caninos comenzaban a crecer con puntas largas y filosas. Cristian quedo paralizado del pánico. No pudo pensar que debería hacer. Se había quedado observando con horror a la muchacha. Hasta que inesperadamente, muy veloz, y tan violentamente le muerde el cuello a Cristian. Succionándole toda su sangre, él se encontraba débil. Pero con lo poco que le quedaba de fuerza, con sus manos intentaba empujar y quitársela de encima a la muchacha. Pero ella tenía una enorme fuerza que era imposible de sacársela de encima. Con sus manos, Cristian jalaba su cabello con toda su fuerza para sacársela, y nada resultaba. Solo le arranco un poco de cabello rojo. Y de pronto ella lo suelta a él, e inexplicablemente ella desapareció.

Cristian se encontraba muy débil y muy desangrado. Se quitó su corbata y se tapó el cuello con ella para presionar la herida, porque perdía mucha sangre. Y luego perdió el conocimiento, y desmayó.

Ya se había puesto de noche. Cristian despertó después de aquel ataque de la joven vampira. Observó en su reloj que ya eran las 8: 00 p.m., y que ya era imposible que llegara a su cita. Entonces comenzó a desesperar, sin saber qué hacer. Se encontraba muy débil. Había perdido mucha sangre, y podría

haber muerto, pero no. El motor de su auto aún se encontraba encendido, así que con las pocas fuerzas que tenía Cristian, continuó conduciendo en medio de la oscuridad. Las luces delanteras del auto iluminaban el oscuro camino. Ni siquiera la luna lo podía iluminar, a causa del cielo nublado. Tampoco las estrellas estaban. Se sentía mucho frío, y era casi difícil regresar a casa.

Pero de pronto, sucedió algo terrible. El auto se detuvo. No había ningún desperfecto, y tenía combustible. Pero si razón alguna se detuvo. Cristian intentaba arrancarlo, pero al parecer, había quedado muerto. Y las luces delanteras se habían apagado. Todo estaba completamente oscuro.

Cristian se encontraba débil y sin poder solucionar nada. La única opción que le quedaba fue agarrar el regalo para Luisa que estaba en el asiento de atrás del auto, e ir a pies entre medio de la oscuridad, dejando el auto varado allí. Y lentamente, él caminaba derecho a pasos arrastrados, con el paquete debajo de sus brazos. Rezaba a Dios para que lo ayudara, y para salir de esa perdición en la que se encontraba. Aunque lamentablemente le iban a llegar situaciones peores mientras continuaría caminando por ese camino.

Por una parte del cielo se despejaba. Y luna llena comenzó a notarse. Hasta que llegó a iluminar por donde caminaba Cristian. Caminaba lento, con la cabeza abajo, sin mirar al frente. A penas veía el camino gracias a la luz de la luna. De pronto se encuentra con una gran sombra. Y él se detuvo. Cuando levantó su mirada, vio un túnel que se notaba de lejos la salida. Era demasiado oscuro y sombrío. Cristian estaba allí parado, pensando si va entrar o esperar a que se haga de mañana para cruzarlo. Pero por otra parte sintió la necesidad de que debía cruzarlo, porque sentía

cierta desesperación de encontrar ayuda. Y no le quedó otra opción que entrar al túnel.

En el interior de ese túnel, era completamente oscuro, frío y tenebroso. A penas se notaba la salida que estaba algo iluminada. Cristian miraba hacia atrás y hacia adelante. Cuidándose de que no llegara a encontrarse algo extraño o monstruoso que lo agarre sorpresivamente, en medio de la oscuridad. Sentía miedo y frío, y a penas lograba caminar más rápido. Y desde lejos, comenzó a escuchar rugidos monstruosos. Cada vez más sentía pánico. Su corazón latía bastante que parecía que estaba a punto de estallar. Y cada vez más, hacía lo posible para acelerar los pasos. Hasta que al final salió del túnel.

Al salir del túnel, se encontró con otro camino diferente. Era un bosque en donde se encontraba. Pero el camino aún continuaba recto y derecho. Cristian ya no sabía en donde estaba parado. El camino era de piedras. Había muchos árboles grandes. Se sentía cierto aroma de tranquilidad, pero estaba medio oscuro porque a penas, la luna llena iluminaba. El cielo estaba despejado, sin ninguna nube. Y se podía ver todas las estrellas.

Cristian continúo caminando tranquilamente. Presintiendo de que ya nada malo le podía sucederle. Se imaginaba que ya estaba llegando a la casa de Luisa. Pero lamentablemente no era así. Ya estaba bastante debilitado que ya no podía continuar caminando. Y pensaba en Luisa. Pensaba que tal vez estaría preocupada o tal vez estaría muy enfadada. Hasta que terminó cayéndose, y no pudo levantarse más.

Luego aparece alguien allí. Al parecer era una mujer. Llevaba puesto una semejante capa negra con capucha, que se notaba que salían su largo y ondulado cabello negro. Su piel era blanca, y tenía sus labios pintados de rojo.

Esta mujer se acercó donde se encontraba desmayado Cristian. El pobre de Cristian sentía que agonizaba. Y apenas lograba verla a ella. La mujer se acercó más hacia a él, y comenzó acariciarle su cabello. Luego se puso de pie, y levantó a Cristian, y lo cargó en sus brazos como un hombre carga a su esposa en sus brazos cuando son recién casados, o mejor dicho cuando alguien carga a un bebé en brazos.

Esta extraña mujer, llevaba a Cristian por el interior del bosque, donde ya casi era bastante tenebroso. Y por esa parte, los arboles eran secos como en un invierno crudo. Escalofriante parecía la escena en la que una extraña y bella mujer cargaba normalmente en sus brazos a un hombre, mientras caminaba por el oscuro y frío bosque.

Luego la mujer llegó a una pequeña casa que estaba entre medio de los árboles que la rodeaba. Después que entró adentro de la casa, la mujer llevó a Cristian a su habitación, y lo acomodó en su cama.

La mujer se fue a la cocina, y comenzó a sacar botellas, frascos, y luego sacó una jaula en la cual se encontraba un murciélago adentro. Después agarró un recipiente hondo, vació los contenidos que llevaban esas botellas, incluyendo también los contenidos de los frascos. En la cual cada contenidos que llevaban, eran antídotos y pociones de hechicería, muy desconocido. Luego tomó el murciélago de la jaula, y lo estranguló hasta asfixiarlo y dejarlo sin vida. Luego tomó un cuchillo de cocina, y cortó la cabeza del murciélago, para después llenar la sangre del murciélago adentro del recipiente junto con las pociones. Y con una cuchara de madera, la mujer comenzó a revolver todo lo que había en el recipiente. Después agarró una taza, y tomó un poco de ese remedio que preparó, y lo llevó a su habitación.

Cristian estaba muy pálido y con mucha fiebre. Intentaba hablar, pero solo balbuceaba. La mujer comenzó a darle de beber ese remedio. Hasta que de pronto, como un efecto mágico comenzó a surgir en él. La herida de su cuello comenzó a cerrarse rápidamente, y la palidez que se había notado en él, despareció.

Más tarde, la mujer le limpiaba la sangre que tenía manchado en el cuello de Cristian, mientras tanto él estaba dormido.

CAPITULO 6

Ya casi era de día. Cristian despertó adentro de su auto. Estaba vestido con su traje, y bien arreglado como había salido de su casa. La herida de su cuello ya había sanado. Cuando se acomodó en su asiento, vio que se encontraba en otro lugar. No supo cómo había llegado ahí. No sabía si condujo sonámbulo, o que tal vez había estado inconsciente mucho tiempo, y que tal vez esa extraña mujer allá conducido hasta ahí, dejándolo reposar adentro del auto.

Pero después comenzó a darse cuenta de algo. Sacó el papelito del bolsillo de su saco, y observó atentamente de la dirección de la casa de Luisa. Y al parecer era ahí. La casa de Luisa. El auto estaba estacionado sobre la entrada que parecía un bello jardín con muchos árboles. Cristian estaba con muchas dudas. Se quedo meditando algunos minutos. Hasta que tomó el regalo que se encontraba en el asiento trasero del auto, y salió.

Mientras caminaba hacia a la puerta, Cristian estaba muy nervioso. Temía que ella estuviese muy ofendida por no haber llegado a horario. Luego llegó hasta la puerta, y se encontraba temblando de los nervios. Tocó el timbre, que tenía el sonido

como campanas. Se quedó esperando con muchos nervios esperando que lo atiendan. Unos pasos con sonido de zapatos estaban acercándose detrás de la puerta. De pronto se escucha el ruido del picaporte, de que se estaba abriendo la puerta. Cuando la puerta se abrió, era Luisa. Cristian había acertado acerca de que tal vez ella lo recibiría bastante ofendida, porque se notaba mucha seriedad en su mirada.

-¿Qué estás haciendo?-preguntó ella con un tono bastante enojada.

-He venido a verte-contestó él con temor.

-Sí. Pero te dije que estuvieras ayer a las cuatro de la tarde. ¡Y me dejaste esperándote como una tonta!-dijo ella, bastante enojada, cerrando de un portazo en la cara de Cristian.

Él quedó parado al frente de la puerta, con tristeza. Porque se había enamorado de ella.

De pronto, Cristian comenzó a sentir un espantoso aroma que se estaba aproximaba. El aroma era de animal muerto. Pero luego, un rugido de lobo hambriento se sintió atrás suyo. Sentía que se acercaba cada vez más, y comenzó a sentir escalofríos y pánico. Una presencia escalofriante se acercaba cada vez más, y lentamente, Cristian se dio vuelta, y se encontró con algo bastante monstruoso que jamás vio en su vida. Era un lobo. Pero no era un lobo común. Era espantoso, y tenía el tamaño de un oso. Tenía cuatro ojos, con dientes y caninos largos y filosos, llenos de sangre que chorreaba de su boca como si ya se hubiese comido un animal o alguien. Y también no tenía pelos en su cuerpo. Era bastante horrible, e incluso le faltaban pedazos de carne en su cuerpo, ya que se notaba sus huesos.

Cristian comenzó a sentir demasiado escalofrío y terror. Quedó bastante inmóvil al tener de cerca ante sus ojos a esa bestia. No

sabía qué hacer. No sabía si debía correr o quedarse inmóvil. La bestia lo observaba muy fijamente a él, con muchas intenciones de devorarlo.

Pero cuando Cristian intentó dar un pequeño paso hacia atrás, la bestia se lanzó con todo encima de él, y ferozmente comenzó a rasguñarlo con sus semejantes y filosas garras, que lograba desprender la carne de su pobre presa. Cristian no tuvo salvación, y sufría el feroz y salvaje ataque de esta bestia, en la cual la misma, comenzó a devorar del abdomen de Cristian. Y el pobre Cristian agonizaba del dolor. Hasta que de pronto, despertó de este mal sueño que tenía.

Despertó muy agitado, sin saber donde estaba. Estaba sin ropa, acostado en una cama ajena, adentro de una habitación con paredes de maderas. Cristian miraba por todas partes, buscando su ropa, pero no la encontraba. De pronto entró la mujer que lo ayudó.

-¿Dónde estoy?-preguntó Cristian.

-SHH. Descansa-dijo la mujer, mientras le acarició su frente para que durmiera nuevamente.

CAPITULO 7

Ya estaba amaneciendo. Cristian despertaba luego de haber podido dormir bien. Cuando había despertado, ya la mujer estaba en la habitación, trayéndole la bandeja con el desayuno en la cama. En la cual, en esa bandeja había una taza de café y tres porciones de bizcochuelo de vainilla con almendras.

-¿Descansaste bien?-preguntó la mujer.

-Sí, algo-contestó él, muy confundido.

-Traje algo para que desayunes-dijo la mujer.

-Gracias. Pero ¿Dónde estoy?-preguntó Cristian.

-Te encontré muy mal herido. Te cargué en mis brazos y te traje aquí para curar tu herida.-comentó la mujer.

Cristian se tocaba donde estaba la herida de su cuello. Pero ya había desaparecido.

-Te mordió la pequeña vampira. Siempre hizo lo mismo con muchas víctimas. Se hace pasar como pobre victima desesperada que pide ayuda con lágrimas en sus ojos. Y luego cuando es el momento decide morder-comentó la mujer.

Cristian continuaba confundido aún.

-Te he dado un viejo remedio casero para curar ciertos maleficios. Ya con esto no te volverás como un no muerto. Es una quita vampiros. Así lo llamé yo a este remedio. Por lo menos te he salvado la vida-dijo la mujer.

-Muchas gracias. Pero ¿Dónde estoy realmente?-preguntó Cristian.

-Estas en mi casa-contestó la mujer.

-¿Conoces a una chica rubia que se llama Luisa?-preguntaba Cristian-.Creo que vive por estos lugares, si no me equivoco.

-Yo no conozco a ninguna Luisa-contestó la mujer-nadie vive por estos bosques. Yo soy la única que vive por aquí.

-Entiendo-dijo Cristian.

-¿A caso ibas a un cumpleaños?-preguntó la mujer.

-¿Perdón?

-Por el paquete que traías.

-Es que tengo una cita, o mejor dicho tenía.

-¿Con esa chica rubia?

-Sí.

-Espero que desayunes bien. Más tarde te prepararé para que te des un baño.

-Gracias.

-En cuanto a tu ropa, está limpia cerca de la chimenea.

Más tarde, Cristian se tomaba un relajante baño caliente en la bañadera del baño. La tensión y preocupación que él sentía habían desaparecido.

Pero mientras Cristian estaba tomándose un baño, la mujer estaba cerca de la chimenea, con la ropa de Cristian, bastante sucia y manchada de sangre. La mujer al parecer había mentido cuando le había dicho que su ropa estaba limpia. Y arrojó aquel traje al fuego de la chimenea. Y lo peor de todo es que en su traje tenía dinero y algunas pequeñas pertenencias personales.

Cristian salió de la bañadera, y agarró una toalla que le había dejado la mujer, y se la ató en su cintura, mientras con otra toalla se secaba su cabello. Luego fue hasta la chimenea a buscar su ropa. Pero lamentablemente no estaba. Lo único que vio era que el regalo estaba en la mesa, sin ningún daño. Hasta que de pronto se dio cuenta cuando vio parte de su traje quemándose adentro de la chimenea. Él no podía creer lo que veía. Ya no supo qué hacer.

La mujer aparece de golpe en frente de él.

-¿Qué ha hecho con mi ropa?-preguntó el con mucha cólera.

La mujer lo miraba fijamente a los ojos, igual como la bestia del sueño. Cristian comenzó a sentir escalofríos. Poco a poco, la mujer se le desfiguraba todo su cuerpo y rostro. Comenzó a crecer más alta que él. Su piel se oscurecía. Su vestido se rompía al crecer unas semejantes alas de murciélago en su espalda. Era la misma criatura monstruosa que intentó atacar a Cristian cuando conducía su auto.

Con sus monstruosas manos, apretó el cuello de Cristian y lo levantó hasta el techo, mientras abrió tan grande su boca para devorarlo. Pero una lanza de cazador atravesó en la boca de esta criatura, liberando a Cristian de sus garras. Un anciano con barba blanca y una boina puesta en su cabeza se presentó allí.

Cristian estaba muy asustado, y temblaba de los nervios. El anciano sacó un hacha de su abrigo, y luego cortó la cabeza de la criatura. Luego sacó una bolsa de tela bastante sucia y vieja, y metió la cabeza de la criatura adentro.

-Tranquilo-dijo el anciano.

Cristian estaba en el suelo, desnudo y aterrado, y temblaba como un pollito mojado. No podía decir ninguna palabra de los nervios.

-Vístete y vamos-dijo el anciano.

-No tengo ropa-contestó Cristian-esa mujer quemó toda mi ropa.

-Ya veo-dijo el anciano mientras se quitó su largo abrigo, dándoselo a Cristian para que se vista con él.

Luego, Cristian tomó el regalo y salió de la casa junto con el anciano.

CAPITULO 8

Cristian junto con el anciano, caminaban por el bosque hasta llegar hasta el camino donde conducía el mismo Cristian.

Pasando del bosque, el camino continuaba derecho. Pero cruzaban por un campo, en donde alrededor del estaba repleto de cráneos. Eran incalculables la cantidad de cráneos que había. No había tierra, ni césped, solo cráneos.

Caminaron durante tres horas. Cristian estaba muy fatigado. Quería detenerse para descansar en alguna parte, pero el anciano le negaba la petición de él. Decía que no podía detenerse porque era peligroso quedarse quieto allí.

Entre los árboles secos que estaban por ahí, apareció lo que no había esperado Cristian. Aquel lobo del sueño. Caminaba muy lentamente, acercándose donde estaban ellos.

-No intentes mover ni siquiera un pelo-dijo el anciano.

Cristian quedó helado. Los latidos de su corazón eran bastantes fuerte que parecieran que iban a estallar.

-Míralos a los ojos y no le quites la mirada-dijo el anciano.

-¿Qué? ¿Está loco?-pregunto Cristian con mucha alteración.

El lobo podía oler el terror que sentía Cristian. Sabía que él estaba indefenso. Estaba atento para saltar hacia a él y devorarlo. El anciano tenía en su mano la sucia hacha manchada de sangre. Estaba esperando el momento justo para atacar a la bestia.

La bestia no espero más. Intento saltar encima de Cristian, pero el anciano tomó del cuello de la bestia y con su hacha comenzó a clavarle en su lomo. La bestia se resistía y el anciano continuaba clavándole tan fuertemente, hasta que con toda la fuerza que tenía este hombre agarró del hocico de la bestia e intentaba romper su mandíbula. Pero aún se resistía, hasta que logró romper su mandíbula y luego se la arrancó. La bestia aún continuaba con vida. Sólo que no podía atacar con su boca. El anciano tomó su hacha que se había caído durante en la pelea, y mientras que la bestia se encontraba débil, aprovechó a decapitarla. El cortarle su cabeza parecía como cortar un tronco de un árbol bastante duro y resistente.

El anciano metió la cabeza del lobo en su bolsa donde guarda las cabezas, y luego continuó su camino con Cristian mientras la noche estaba llegando.

La noche había llegado. El anciano llevaba a Cristian fuera del camino, camino a un bosque que estaba por allí.

Luego, ellos llegaron a una cabaña, en la cual la cabaña era el hogar del anciano.

El anciano invitó a Cristian a que entrara a su hogar. Pero cuando Cristian puso unos pies adentro de la casa, se encontró con otras de las cosa que jamás haya visto. Había muchas cabezas cortadas de animales colgadas en la pared. Casi todas las paredes de la cabaña. Y no solamente de animales eran las cabezas, había

de monstruos espantosos, también de unicornios, grifos, gárgolas, arpías, licántropos, vampiros, hasta de algún elfo oscuro.

Cristian estaba horrorizado al ver todo lo que había. Y tenía desconfianza y mucho temor. El anciano le da algo de ropa a Cristian para que se vistiera. El vestuario parecía casi del siglo XIX.

Era de color verde el traje que se había vestido. Tenía puesto una camisa blanca antigua de esa época, junto con un chaleco marrón. Pero Cristian se sentía algo raro vistiéndose así, pero se sintió cómodo.

Después, Cristian se acercó a la mesa donde el anciano lo esperaba con una botella de vino junto con dos vasos. Noblemente, Cristian aceptó beber vino. Mientras charlaban y disfrutaban aquel vino añejo, Cristian vigilaba disimuladamente el paquete que lo había dejado en la mesa. Era lo único importante que le había quedado después de que se haya quedado sin nada.

Mientras aún disfrutaban el vino, el anciano tomó la sucia bolsa, la abrió y desparramó sobre la mesa, todas las cabezas que él había decapitado. Enseñándole a Cristian, lo que había decapitado en el día. Y entre todas las cabezas que había se encontraba el de la vampira de cabello rojo que había atacado a Cristian, incluyendo la cabeza de la mujer que lo habia encontrado y curado para intentar comérselo. Y las demás cabezas eran de animales.

El pobre Cristian sentía una gran impresión al ver sobre la mesa todas esas cabezas.

-Este es mi gran pasatiempo-comentó el anciano.

-Que bien-dijo Cristian aterrado.

-Me acuerdo que durante en el camino me has contado que fuiste mordido por una muchacha vampira-dijo el anciano, señalando la cabeza de la vampira.

-Sí.

-Tienes suerte de no haber muerto muchacho. Te atacó una vampira y sobrevives. Casi te devora esa bruja y te he salvado.

-Bueno…no sé como agradecérselo.

-Tranquilo. Ya llegaremos ese punto. De cómo podrías pagármelo.

Cuando el anciano dijo eso, Cristian estaba casi a punto de descompensarse, porque mas allá de estar muy aterrado y de que su corazón pareciera que estaba a punto de salir de su boca, él no tenía de que pagarle, porque dinero no tenía, realmente no tenía nada para darle.

-Si has sobrevivido a la mordida de esa muchacha, tranquilamente podrías volverte en este momento como ella-dijo el anciano, señalando la cabeza de la vampira.

-No entiendo.

-Esa bruja te había dado un remedio para evitar que te vuelvas como ellos. Pero déjame decirte la verdad. A penas funciona. Porque algunos pueden no volverse como ellos, y otros tal vez después de un mes se convierten en un no muerto.

-Usted me está diciéndome que en cualquier momento seré un vampiro.

-Así es mi extraño amigo. ¿Pero quieres seguir vivo, no?

-Sí.

-Lamentablemente yo no podré remediar tu situación. Así que lo lamento. Pero te salvé la vida ¿No es así?

-Sí.

-Pero todo tiene un precio.

-No sé que puedo ofrecerle señor. He perdido todo. No tengo dinero.

El anciano río al escuchar eso.

-Tranquilo, eso se puede solucionarse-dijo el anciano.

El anciano puso su mirada en el paquete que era para Luisa, y Cristian tocó el paquete, y lentamente se lo traía hacia a él.

-Quiero el paquete-exigió el anciano

-Lo siento señor. No puedo darle este paquete. Es un presente muy importante para alguien en el cual yo estoy enamorado.

La mirada del anciano se había vuelto diabólica. Lo observaba fijamente con mucha cólera a Cristian. Y luego le da una fuerte bofetada que lo hace caer al suelo, y lo deja con la boca sangrando. Con toda furia, el anciano agarró del cabello a Cristian, y comenzó a ramearlo por la casa, buscando su hacha. Mientras, Cristian le rogaba a gritos que lo soltara. Pero este hombre parecía que estaba poseído. Cristian luchaba por liberarse, pero el anciano tenía demasiada fuerza que era imposible poder luchar con él.

El anciano encontró su hacha, y toma del cuello a Cristian, y lo levanta hacia arriba, amenazándolo con su hacha.

-Detesto hacer esto. Pero no me dejaste opciones- dijo el anciano, con mucha cólera-Eres un muchacho bonito y casi me agradas. Pero desgraciadamente tú será mi próxima presa. Así que si quieres que seamos buenos amigos, será mejor que me des ese

paquete o de lo contrario tu cabeza estará colgada en mi pared y devoraré tu carne también. Tú eliges.

CAPITULO 9

Finalmente el anciano se quedó con el paquete. Y Cristian continuó su camino con las manos vacía y con su boca morada de la fuerte bofetada que le dio el anciano.

Cristian caminaba durante la noche, a oscuras por el tenebroso bosque. Ni siquiera se le había ocurrido detenerse para descansar. Todo el bosque estaba completamente oscuro y silencioso. Muy a penas, la luz de la luna lograba iluminar un poco.

Él caminaba con las manos en los bolsillos, sin tener alguna esperanza. Lamentablemente no podía regresar a su casa. Estaba triste y al mismo tiempo con miedo. Miraba por todo su alrededor, temiendo de que algo o alguien se presentara y le hiciera algún daño. De pronto comenzó a escuchar susurros, llamándolo por su nombre. La voz era la de un hombre, y era escalofriante el susurro. Y cada tres veces escuchaba el susurro en su oído. Aterrado, Cristian observaba por todas partes y continuaba caminando más rápido. Y como el camino era derecho e infinito casi, tuvo la idea de que tal vez no podría tropezarse con nada. Así que cerró sus ojos, y comenzó a caminar muy rápido, mientras le rogaba a Dios que lo protegiera.

El amanecer estaba llegando, y la aurora del cielo estaba presente. Cristian todavía caminaba con los ojos cerrados, pero ya iba muy lento. Estaba completamente exhausto y quería descansar en algún lugar, aunque temía detenerse. Pero ya no daba más. Salió del camino, y se sentó de bajo de un árbol para descansar, y se durmió.

Pasaron dos horas, y Cristian despertó. Sentía que le sobraba algo de fuerzas. Se puso de pies y continúo su camino.

Llegó una parte del camino en donde el bosque finalizó. El resto era todo un pantano con mucha neblina. Cristian continuó caminando, sin preocupación de que el camino finalizara por ahí, porque presentía que todavía no podía terminarse. Y caminó en medio de la niebla.

Las horas pasaban, y Cristian comenzó a desesperarse por que no podía ver nada por donde estaba yendo. Tenía mucha hambre y sed. Comenzó a sentir frío y ya casi no daba más del cansancio. Lo único que tenía en su mente en ese momento, era regresar a su casa y descansar cómodamente en su cama. Ya no le importaba llegar a la casa de Luisa. En la perdición que se encontraba, pensaba en que no debió haberla conocido, porque no estaría pasando todo lo que le estaba sucediendo.

De pronto, comenzó a ver una imagen borrosa a lo lejos, entre medio de la niebla. Parecía que se estaba acercando. Era casi una persona que se acercaba. Y cada vez se notaba más. Hasta era una mujer que estaba llegando hacia donde estaba él. Pero la niebla le impedía ver bien que estaba llegando hacia a él. Pero al acercarse cada vez más, se notaba que era una dama de cabello rubio y labios rojos. Y cuando se acercó hacia Cristian, esa dama era Luisa. Cristian quedó sin palabras al verla. Ella lo miraba a él, sin

decir alguna palabra. Él pensaba que ella tal vez llegó para buscarlo o tal vez era su imaginación o que tal vez había comenzado alucinar. Cristian estaba a punto de decirle algo a ella, pero ella le puso su dedo en la boca de él. Ella se acercó hacia a él y le da un beso, y luego desaparece.

-¡Luisa! ¡Luisa!-gritaba Cristian.

Se dio cuenta de que había estado alucinando, cayó desmayado.

Cinco pequeños hombrecitos con capa y capucha aparecieron en el camino, en medio de la intensa niebla. Eran duendes que venían de alguna parte del bosque. Y marchaban para su hogar, por el mismo camino y la misma dirección por donde iba Cristian.

Los cinco duendes se encontraron a Cristian tirado en el piso. Uno de los duendes tenía un tronco como bastón. Y comenzó a tocarlo para saber si estaba vivo o muerto.

-¿Esta muerto?-preguntó uno de ellos.

El duende del bastón se asomó hacia el pecho de Cristian, y puso su puntiaguda oreja para escuchar si su corazón latía.

-No-contestó el duende con el bastón.

-¿Podemos llevarlo?-preguntó otro duende.

-Será muy pesado-supuso otro duende que era gordito.

-Pues debemos cargarlo-ordenó el duende con el bastó.

-¿Qué?-preguntó el duende gordito-.Acabamos de comer bastante, ¿y quieres que carguemos semejante peso?

-Como quieras-contesto el duende con el bastón-no lo cargues si no quieres hacerlo. Pero no pienses que yo vaya a tu casa a beber cerveza contigo.

-Pero tú vives en mi casa tonto- dijo el duende gordito.

-¡Bueno ya!-dijo el duende con el bastón-ayúdame de una vez, y cuando lleguemos a casa te daré un buen pastel de crema.

-¿En serio?-preguntó dudosamente el duende gordito.

-¡Pues muévete gordo!-exigió con enojo uno de los duendes que tenía barba roja.

-¡Es suficiente!-gritó el duende con el bastón-.Estamos perdiendo mucho de nuestro valioso tiempo ¿Qué te pasa gordo? ¿Por qué te comportas de esa manera, si nunca fuiste así?

-Perdónenme-dijo el duende gordito-estoy cansado y hambriento, y hemos caminado mucho.

-Pues tienes razón-dijo el duende con el bastón-estamos cansados y hambrientos. Pero sería bueno que ayudemos a este muchacho que tal vez necesite ayuda.

-Está bien, está bien-dijo de malas ganas el duende gordo.

Los cinco duendes tomaron una soga que llevaban cada uno. Ataron entre las piernas, brazos y el cuerpo para poder cargarlo. Y comenzaron a llevarlo arrastrándolo.

CAPITULO 10

La niebla no estaba más. Ya habían salido del pantano. Pero continuaban en el mismo camino, llegando por las montañas. Cristian viajaba inconsciente y arrastrado por los duendes. Sobre las montañas, por donde iban, había un bosque con muchas casas sobre las montañas. Pero el camino era el mismo, y continuaba siendo derecho e infinito.

Cristian comenzaba a despertarse, y sentía que estaban arrastrándolo. Hasta que despertó, y veía que lo estaban llevando arrastrado por duendes.

-¡Oigan! ¡Suéltenme!-gritaba Cristian.

-Despertó-dijo uno de los duendes.

-Soltémoslo, y que se ponga a caminar solo-dijo el duende gordo.

-¡Suéltenme!-gritó nuevamente Cristian.

Al escuchar la exigencia de Cristian, los duendes lo sueltan. Cristian se pone de pie rápidamente. Y al ver que estaba en otro lugar se sentía bastante mareado y confundido.

-¿Dónde estoy?-preguntó Cristian.

-Estas en nuestro hogar-contestó el duende con el bastón.

Cristian sentía dolores en su cabeza, y estaba mareado, que volvió a desmayarse de nuevo.

Casi era de noche. Cristian despertó adentro de una habitación acostado en el suelo, sobre una manta que le habían puesto los duendes, para que descansara. Los duendes lo habían dejado en el suelo porque no podía levantarlo y acostarlo en la cama. Además, los duendes ya no podían continuar cargándolo y que él era pesado para ellos, y temían de que si él se acostara en alguna cama de ellos, la terminaría rompiéndola, ya que son pequeñas y él no podría caber.

Cristian se levantó algo recuperado. Al ponerse de pie veía que todo era pequeño. Casi todo era de roble los muebles que había, y las paredes parecían como las raíces de árboles. Las puertas tenían la estructura de arco romano, y las ventanas eran círculos. Cristian salió de la habitación, y se fue al comedor de la casa. Allí estaba repleto de libros amontonados por todas partes. Cristian sentía un rico aroma desde la cocina, y se fue hasta allí. Cuando entró a la cocina, vio a un anciano duende calvo con poco cabello blanco y largo. Este anciano duende estaba preparando un buen guiso en un caldero.

-Pasa pasa-dijo el anciano duende-y toma asiento y ponte cómodo.

Cristian se sentó e intentó acomodarse en una pequeña silla, ya que también, la mesa era pequeña. El anciano duende le llevó un plato de guiso en la mesa.

-Pruébalo-dijo el anciano duende.

Cristian tomó la cuchara, y desesperadamente comenzó a comer el exquisito guiso del anciano duende. Y como en tres

segundos, se devoró el guiso y pidió otro plato. En esa noche, Cristian se devoró casi como ocho platos de guiso. Luego se puso a beber cerveza, junto con el anciano duende.

Este anciano duende se llamaba Canthril, y era casi el padre de los cinco duendes. Y la razón de porque era casi el padre era porque él los cuido cuando ellos habían quedado huérfanos desde que eran muy pequeños. A causa de que sus padres murieron devorados por kammatar, que realmente son espantosas criaturas de las montañas.

Después de las cinco jarras de cerveza que bebió Cristian, le contó todo lo que le había sucedido durante en su camino.

CAPITULO 11

Era casi de madrugada, y casi todos dormían, excepto Cristian. El no podía dormirse por el hecho que se sentía incomodo durmiendo en el suelo, y más siendo una casa ajena. Él estaba acostado y mirando hacia el techo, mientras pensaba como podría regresar a su casa. Sentía tristeza porque estaba viviendo una pesadilla. Comenzó arrepentirse de haber conocido a Luisa, porque por hacer lo posible de llegar a su casa estaba pasando por todo lo que le sucedía. No comprendía porque estaba pasando por esta pesadilla.

Entonces Cristian no toleró más la incomodidad, y decidió levantarse y salir de la habitación, cautelosamente y silenciosamente. Y con mucho cuidado, salió de la casa de los duendes.

Cuando salió de la casa, lo primero que llegó a observar fue las cantidades de estrellas que iluminaban la noche. Empezó a sentir alivio al ver la belleza de la noche.

Estaba parado, fuera de la casa, y luego caminó hasta el camino. Y al pesar de que el bosque estaba oscuro, la luz de la luna lograba iluminar el camino. Así que Cristian no tuvo

problemas en poder continuar. Y luego se detuvo allí. Sin saber en qué dirección continuar. Definitivamente estaba perdido.

Y sorpresivamente se aparece Canthril al lado de Cristian. Él se dio un gran susto por la aparición de este anciano duende.

-¿Qué haces aquí?-pregunto el anciano duende.

-Debo continuar-contestó Cristian.

-Es de noche aún. Y cuando es de noche, las criaturas perversas salen a merodear por aquí. No es bueno que pasees a estas horas.

-Muchas gracias por sus advertencias, y muchas gracias por su gran hospitalidad. Pero quiero llegar a la casa de ella.

-Pero hace un rato te habías arrepentido de conocerla-comentó el anciano duende.

Cristian quedó sin palabras al enterarse de que este anciano le leyó su mente.

-¿A caso usted me ha leído mi mente durante todo el tiempo?-pregunto Cristian.

-Es imposible evitarlo-contestó el anciano duende.

-Dios mío.

-No creo que este arrepentido de haberla conocido.

-Ya no sé qué pensar.

-Si quieres regresar a tu casa, ve por la izquierda. Y si quieres llegar a la casa de ella, ve por la derecha.

El anciano duende desapareció. Cristian se quedó pensando por unos segundos en decidir por donde marchar. Hasta que decidió continuar por el lado derecho.

CAPITULO 12

El amanecer estaba saliendo. Cristian caminaba por el camino derecho que ya era un gran puente sobre las grandes montañas de Elithar, donde allí supuestamente viven troles y Kammatars, que son monstruos devoradores de cualquier ser vivo que se le cruzara por su camino, y viven con gran apetito a causa de que nacieran con ciertos parasito en sus organismo.

Mientras Cristian caminaba, de lejos él veía un águila de plata que brillaba a penas con la salida del sol.

El día había llegado, y Cristian caminaba tranquilamente. No pensaba en nada, y tampoco tenía preocupación. Para él, el paisaje por donde caminaba le resultaba tranquilo y agradable. Porque desde niño, él tenía el deseo de conocer montañas, y poder caminar sobre ellas.

De pronto comenzó a oír pasos que llegaban detrás de él. Cristian se da la vuelta para ver qué era lo que estaba persiguiéndolo, pero no había nadie. Observó por todo su alrededor, y no había nada. Entonces continuó caminando. Pero otra vez volvió a sentir pasos. Pero esta vez era a su costado. Cristian vuelve a observar su alrededor, y nada había. Toda esa

paz y tranquilidad que estaba a penas teniendo, ya desapareció. Otra vez la sugestión volvió en él.

Habían tres gamitar debajo del puente, intentando subir. Otros dos kammatar a toda velocidad sobre las montañas intentando llegar hacia donde está Cristian. Y con mucha desesperación, saltaron hacia al puente. El pánico paralizó a Cristian cuando veía a estas criaturas espantosas y horriblemente feas. Él no sabía por dónde podía salir corriendo. No tenía ninguna escapatoria.

Estas monstruosas criaturas tenían ciertas apariencias humanas pero caminaban en cuatro patas, y eran muy feroces y salvajes. Pero muchas veces son de pelearse hasta matarse por su comida. Pero el banquete era Cristian. Los kammatar vigilaban atentamente a Cristian, pero al mismo tiempo se vigilaban entre ellos, controlando quien dará el primer bocado. Cristian estaba muy asustado, y casi lloraba. Rogaba a Dios de que lo salvara de esa terrible situación. Pero luego, uno de los kammatar saltó encima de otro kammatar, atacándolo de antemano para que no lograra tocar su presa. Pero otro kammatar se estaba acercándose a Cristian para devorarlo, y otro kammatar saltó encima de este kammatar para evitar que el otro se lo devorara. Y así todos los kammatar comenzaron a pelearse. Cristian no sabía cómo huir, ya que podía escaparse en ese momento. Pero no podía porque otro kammatar llegaba al puente, y ya casi eran alrededor de cincuenta de ellos que llegaban de todas partes con mucha prisa.

Cristian estaba en el borde del puente, rezando, mientras miraba hacia al precipicio. Entonces lo que hizo fue cerrar sus ojos, y lanzarse hacia al precipicio, cayendo de semejante altura. Ya que en ese momento, dejó de importarle si continuaba vivo o no. El deseo que tenía era escapar de toda esa pesadilla en la que estaba viviendo.

De pronto apareció el águila de plata, tomando a Cristian de sus garras de plata, logrando salvar su vida.

El águila volaba a gran altura, que Cristian sufría vértigo, pero por rato le fascinaba volar, y desde las alturas podía ver las alturas podía ver el largo camino derecho que se notaba que no tenía fin.

El águila lo llevaba para otro rumbo, lejos del camino. Lo llevaba por otras montañas, en donde había cascadas, arboles, castillos y ciudades. Pero el águila iba hacia otra montaña donde había una semejante imagen tallada de una mujer con una corona en su cabeza. El águila llegaba hasta la punta de esa montaña, hasta que suelta a Cristian, dejándolo caer dentro de un círculo que había allí. El águila se marchó. Y Cristian no sabía por qué estaba allí.

El cielo se había oscurecido. Comenzaba haber relámpagos. Luego comenzó a llover. Sobre los dibujos que había en el círculo, en donde Cristian se encontraba en el medio, comenzaba a salir raíces de árboles de color rojo, y parecían como sangre. Las raíces crecían rápidamente que ataron las piernas y brazos de Cristian, hasta que quedó atrapado. Él hacía fuerza para escapar, pero no podía porque eran muy fuertes esas raíces, que al esforzarse de más, más presión sentía sus ataduras. En frente de él, las raíces crecieron a montón, hasta que dio forma de una mujer, pero sin labios, con su rostro de calavera, y sin ojos. Era Lucimber, la madre de esa tierra y del camino por donde iba Cristian.

-¿Qué haces sin permiso por mi camino?-dijo Lucimber.

-¿Qué?

-Cruzaste mi camino ¿Qué buscas?

-Solo tenía una cita. Nada más una cita.

-No es suficiente tu respuesta para mí-dijo Lucimber con mucha cólera, mientras presionaba más las ataduras.

Cristian se estaba ahogando porque las ataduras estaban hasta su cuello, y cada vez mas apretaban.

-Por favor, suélteme-rogó Cristian.

-¿Y por que debería cumplir el deseo de un intruso que entra a mis tierra y cruza mi camino que es mi sangre, sin mi permiso?-preguntó Lucimber.

- ¡No soy un intruso! ¡Solo quiero llegar a la casa de ella!-gritaba Cristian.

Lucimber sabía de quien hablaba él.

-Luisa. Mi dulce Luisa.

-¿La conoces?-preguntó Cristian.

-Es una bella dulce pequeña-dijo Lucimber, mientras le aflojaba las ataduras-. Yo la críe a ella desde que era pequeña. La pobre quedó huérfana desde que sus padres fueron asesinados por un mal hombre que deseaba toda la riqueza que ella poseía.

Una desconocida visión apareció en la mente de Cristian. Eran recuerdos que él desconocía bastante. Lucimber le transmitía a él, el pasado amargo de Luisa.

Sucedió hace mucho, mucho tiempo, cuando Luisa era una pequeña de siete años, y llevaba una vida alegre y feliz con sus padres. Su papá era profesor de historia en una universidad, y su madre era una pianista. Había mucho amor entre ellos y su bella hija. Era una familia muy unida. Pero una vez apareció el hermano de la madre de Luisa, su tío Raúl. Él era una persona casi desagradable para la familia. No era amado por nadie. Su padre lo habían desheredado y quedó solo. Pero ese día, él se

apareció en la casa de su hermana Lucía, la madre de Luisa. Apareció mostrándose angustiado y triste, como arrepentido por ser como es. Y fue a pedirle su apoyo. Pero como Lucía era una mujer de buen corazón, le había abierto su puerta. Pero el padre de Luisa nunca confió en él. Sabía lo que estaba tramando.

Durante una noche, en la casa, Raúl apuñaló más de veinte veces a su hermana mientras dormía. Y luego apuñaló al padre de Luisa. Luego tomó una llave que Lucía guardaba en el cajón de la mesita de luz. Esa llave abría las puertas secretas que escondían debajo de la bodega de la casa, en la cual escondía un gran cofre con mucho oro.

Luego Raúl volvió a la habitación, en donde había cometido la terrible masacre. Pero luego se encontró a la pequeña Luisa. La pobrecita no entendía que estaba sucediendo. Pensaba que sus padres estaban durmiendo. Luego Raúl tomó a la pequeña Luisa, la durmió con cloroformo, y se la llevo en su auto muy lejos.

Cuando el amanecer llegó, Raúl conducía por la misma carretera que había conducido Cristian. La intención que tenía, era matar a la pequeña y enterrarla en algún lugar descampado. Pero Raúl había encontrado un lugar perfecto. Entonces cruzó por el camino de Lucimber, y continuó conduciendo.

De pronto apareció la misma criatura con alas que intentó atacar a Cristian. Saltó sobre el capot del auto. Rompió el parabrisas, y con su grande y horrible mano agarró a Raúl. Lo sacó del auto, y se lo llevó volando hacia un lugar muy lejos para masacrarlo con las mismas manos de Lucimber.

En cuanto a la pequeña Luisa, fue llevada a la bella morada de Lucimber. En donde se encontraba los bellos jardines y donde había un bello paraíso, similar al jardín del Edén.

Lucimber se presentó en su forma original, como una bella mujer. Ella contuvo la tristeza de la pequeña, sabiendo que sus padres habían muerto. Pero gracias al cariño que le otorgó Lucimber, había desaparecido su tristeza. Ella cuidó de la niña, la protegió, y le dio mucho amor y cariño, en lo cual volvió a tener la felicidad igual como la tuvo con sus padres.

Un día, la pequeña Luisa le preguntó a Lucimber si volvería a ver a sus padres. Pero ella le contestó que siempre están con ella, y era verdad. Siempre estuvieron con ella. Lucimber se encariño con la pequeña, y la amaba tanto como si fuese su propia hija.

Luego de esa visión que tuvo Cristian, entendió que para Lucimber, él era un intruso que parecía una de esas personas que deseaba estar con Luisa, solo por perversas intenciones y no por amor. Porque en otra visión que tuvo, veía aquel hombre que ella se encontró en el bar, aquel día que la vio por primera vez, al igual al otro muchacho galán, ella lo había invitado a su casa. Y también pasaron por lo mismo que pasó Cristian. Pero ellos fueron atrapados por las manos de Lucimber y tuvieron el mismo final que Raúl.

Cristian se dio cuenta de por qué él había sobrevivido durante todo el peligro que había pasado. En lo cual, esos peligros eran pruebas que le había puesto Lucimber para saber si era buena persona para estar con Luisa. Y Lucimber se dio cuenta de que él tenía buen corazón y que realmente estaba enamorado.

Entonces, Lucimber libera a Cristian, y él termina cayendo en un sueño profundo.

CAPITULO 13

Cristian despertó adentró de su auto. Estaba vestido con su traje, y su auto estaba encendido. El regalo para Luisa estaba en el asiento de al lado. Se preguntaba que le había sucedido. Pensaba que todo lo que le había sucedido fue un sueño. Se encontraba en el mismo camino, en el mismo lugar similar, donde él estaba por cruzar el túnel en la noche. Pero había un túnel allí. Y la entrada era la boca de un duende que estaba tallado allí.

Cristian tenía temor de conducir, ya que tenía mucha desconfianza. Pero de pronto sintió un cálido viento. Un pequeño papel voló cerca de él y se le pegó en su hombro izquierdo. Cristian tomó ese pequeño papel, en donde allí había una nota escrita por Lucimber que decía…

“No temas, y continúa por este camino

Por este pasaje que te llevará a

mi morada”.

Al leer esto, Cristian sintió mucha tranquilidad. Así que puso en marcha su auto, y condujo pasando por el túnel, que luego

pasaba por un puente que se encontraba en medio de las nubes, y luego pasaba por el medio de las montañas con grandes cascadas y arco iris que lo llevaba por bellos bosques hasta llegar por un gran jardín.

Cristian comenzó a pensar que había muerto, y que tal vez estaba en el paraíso. Pero la verdad es que estaba vivo y todo era muy real. Y continuó conduciendo pasando por un gran jardín que había. Y de lejos, se notaba la casa de Luisa. Por lo tanto el no podía creer que estaba llegando.

Pero cuando llegaba a la casa, el lugar era exactamente igual como en el sueño que tuvo, en el cual Luisa lo había rechazado y después se le presentó un monstruo que lo había atacado y devorado. Él estaba muy nervioso. Se quedó adentro del auto pensando si salía o no. Tenía temor que le sucediera lo mismo como en el sueño. Entonces le rogó a Dios que lo ayudara y lo protegiera. Tomó coraje, agarró el regalo, y salió de su auto.

El día era bellísimo. Se sentía mucha paz allí. Cristian respiro hondo y caminó hasta la puerta. Se quedó parado cerca de la puerta. Esperó dos segundos, respiró hondo nuevamente, y tocó la puerta. Sentía muchos nervios, que sentía que podía desmayarse. Luego sintió los pasos de zapatos que se estaban acercándose para abrir la puerta. Cuando se abrió la puerta, estaba Luisa. Estaba completamente hermosa con su vestido verde. Se puso contenta al verlo a él, y lo abrazó muy fuerte. Los nervios que tenía Cristian había desaparecieron definitivamente, y abrazó con mucho cariño a Luisa.

-Te amo-susurró Luisa.

Cristian le entregó el regalo a ella. Y ella se puso muy contenta que le dio un beso con mucho amor que ella sentía por él. Y luego entraron a la casa.